

Marcial le había dicho que promocionara el lavadero de coches. «Hay que amortizarlo» le dijo. Hacía dos meses que habían instalado el lavadero y apenas cinco coches lo habían utilizado desde entonces. La gasolinera llevaba construida al menos veinticinco años —la edad de Benito— entre Linares y Úbeda, junto a una mina de plomo, ya abandonada, que había dejado un paisaje estéril y romo, y los pocos coches que atravesaban esa carretera acababan cubiertos de un polvillo gris, que no merecía la pena limpiar, pues antes de llegar a la primera curva el aire seco iba a cubrir, de nuevo, el coche con aquella capa de polvo.

Benito había llegado al amanecer, su jefe le había dicho que a las 6:30 pero él prefirió llegar mucho antes para demostrarle a Marcial que se podía confiar en él, que era capaz de llevar él solo toda la gasolinera. Incluso, en el fondo, quería que Marcial se diera cuenta de que sabía ser agradecido y que se hacía cargo de su situación, que no se había quedado tan solo como creía.

Desde que la cubana desapareció, a Marcial se le había cogido a la garganta una carraspera que no le soltaba. Continuamente arrastraba esa tosecilla que le hacía estar siempre afónico. Ya ni siquiera se molestaba en taparse la boca. Con un carraspeo agudo se despidió de Benito. Le dio las llaves en la mano y salió de la tienda. Benito vio cómo se montaba en su «dos caballos» y abandonaba la gasolinera petardeando por el tubo de escape.

Cuando el coche de Marcial giró en la primera curva, Benito sintió una presión en la garganta. En seguida enderezó la espalda y avanzó a grandes zancadas hacia la puerta. Cogió los fajos con los periódicos que esperaban junto a los servicios. Cortó las cuerdas y los colocó en sus expositores. Vació el depósito de la cafetera, colocó un filtro nuevo, lo llenó de café casi hasta el



borde, y encendió el aparato. El sol había empezado a salir cuando terminó de sacar el pan del horno. Con mucho cuidado colocaba las barras una a una sobre la cesta de mimbre. En ese momento pensó en las tetas de Doris. Él no quería pensar en aquello, pero quizá fue por el vapor que se elevaba, ondulante, de la corteza caliente de los panes hasta sus mejillas frías, o el olor plácido de la levadura y la harina, o la blandura crujiente de la miga. Trató de evitarlo, pero pensó en cómo sus enormes pechos se apretaban contra el mostrador de la tienda el día que la conoció. Se acordó de cuando Marcial se la había presentado de lejos, desde la puerta. «Ésa es mi mujer, me la he traído de Cuba ¿no sabes? menudas son allí» le dijo. Y Benito se sintió avergonzado porque ella lo miraba con descaro mientras mascaba chicle abriendo mucho la boca y él llevaba un mono azul demasiado grande. Se acordó de su piel morena y de las pecas oscuras de su nariz y pensó que quizá alrededor de los pezones también tendría pequitas negras. Mientras pensaba en esto había aplastado una de las barras con la mano y había dejado el pan desmenuzado por el suelo. Recogió todo el estropicio rápidamente.

Cuando hubo terminado de pasar un paño al mostrador, se sentó en la banqueta alta y esperó al primer cliente, con la vista fija en el lavadero. A través de los dos ventanales veía el túnel de lavado sesgado, parecía el cuerpo bulboso de un gusano.

Ese día sólo tres conductores se detuvieron a repostar en la gasolinera y, a la hora de pagar en la caja, ninguno de ellos estaba interesado en lavar su coche.

Cuando la tarde menguaba, a Benito le sorprendió sentirse satisfecho. No había «vendido» el túnel de lavado, en la caja sólo había 60 euros, pero era su primer día y contemplaba la estación de servicio con el pecho hinchado como un rey admiraba sus posesiones.

Marcial llamó. «Todo correcto» dijo Benito. Él nunca usaba esa palabra, «correcto», pero pensó que ya era hora de empezar a usarla. Marcial contestó con un carraspeo prolongado, como un motor viejo que no quiere arrancar. «Enseguida estoy ahí» dijo antes de colgar.

«Conforme, estupendo» pensaba Benito «afirmativo». El sol ya se había puesto cuando llegó el Mercedes.

Era un Mercedes SLK, negro, aunque con la luz amoratada del atardecer parecía un envoltorio de caramelo de fresa. De él bajaron dos hombres, jóvenes, más que Benito, con trajes elegantes y bien peinados.

Ambos entraron en la tienda tras llenar el depósito del Mercedes. El más alto, con el pelo rubio se quedó frente al estante de las revistas y con el dedo índice pasaba por encima de las portadas, una tras otra, arqueando la boca hacia abajo, como si les reprochara a las revistas su existencia.

El otro tenía el pelo castaño, un color de cobre encendido. Al acercarse al mostrador de Benito desplegó una sonrisa inmaculada.

—Buenas tardes, caballero —dijo el joven castaño. Benito pensó que «caballero» no estaba nada mal, era la primera vez que le llamaban así— ¿conoce usted los aceites Bullsfield?

—Pues no, caballero —dijo Benito, pensando que devolverle a aquel chico el trato tan cortés era lo mínimo que podía hacer. Estaba contento de tener una conversación tan elevada, como las que salían en las tertulias de la tele— ¿quiere usted café?

Benito pensó que bien podrían estos chicos venir a tomar café con él cada tarde, y hablar del gobierno y del tiempo. Serían las mismas conversaciones que se tienen en el casino del pueblo pero sin el carajillo que le resultaba amargo y sin el humo de los puros que le hacía toser. Los chicos y él formarían una nueva generación de tertulianos, un pequeño grupo de sabios. Y, como Benito era mayor que ellos, seguro que vendrían de vez en cuando para pedirle consejo sobre esto y aquello, sobre asuntos personales. Al final se harían amigos, seguro.

—No, gracias —dijo el castaño y se pasó la palma de la mano por la sien— Pues venimos a hablarle de unos productos que ciertamente le pueden interesar.



—Ciertamente —añadió Benito. Quería demostrar que podía ser educado y elegante y que valoraba esa conversación, que si hacía falta, los aceites serían para él lo más fascinante del mundo.

El otro chico, al fondo de la tienda, examinaba una por una las chocolatinas de un estante. Las cogía, con mucho cuidado, como si fueran cartuchos de dinamita, les daba la vuelta y leía los ingredientes. De tanto en tanto soltaba una risilla de hiena que se le escapaba por la nariz.

El joven castaño se quedó mirando a Benito con la frente arrugada y entornando los ojos, después bajó la vista y abrió una carpeta negra de cuero que llevaba. Siguió hablando de lubricantes y de índices de consumo pero Benito ya no le escuchaba. Los cristales habían empezado a vibrar levemente, una vieja furgoneta DKV de los 80 había entrado despacio en el lavadero de coches. Los faros estaban abiertos y se veían las bombillas, una cuerda de esparto sujetaba el ancho capó frontal. Un niño moreno, con un pantalón corto rojo bajó lentamente por la puerta derecha y desapareció tras la furgoneta. Al instante apareció por fuera del túnel de lavado cargando con una sandía enorme y se sentó con ella en la pequeña acera.

De la puerta del conductor salió un gitano alto, aplastándose el pelo con una mano, la otra la tenía metida en el bolsillo de su pantalón de pana. Como despistado por algo que pensaba se dirigió a la tienda.

El joven castaño seguía hablando y sacando gráficas y comparativas de su carpeta. Pero cuando el gitano abrió la puerta un soplo de viento tibio hizo volar los papeles y metió en la tienda el olor gomoso y pesado de las almazaras cercanas.

—Una ficha pa' lavar —dijo el gitano y dejó caer su mano curtida y morena en el mostrador. Cuando la retiró dejó a la vista un billete de cinco euros. Benito lo observaba alelado y le alcanzó la ficha sin decir una palabra. Cuando el gitano salió por la puerta, el chico castaño ya había recogido sus papeles. El rubio mascaba una chocolatina con un carrillo abultado. Los tres se quedaron mirando cómo el gitano introdujo la ficha en el contador.

El lavadero se puso en marcha. Los rodillos comenzaron a girar

frenéticamente y de los aspersores caía un chorro a borbotones de agua y jabón. El niño seguía en la acera, sin inmutarse, con una navaja cortaba la sandía y sacaba grandes tajadas que mordía muy despacio. Los rodillos avanzaron lentamente y envolvieron el coche. El gitano se quedó parado frente al túnel, sacó del bolsillo un paquete de Ducados y le quitó la boquilla a un cigarrillo para fumárselo con tranquilidad. El niño parecía disfrutar con la sandía, unos regueros rojos de zumo le recorrían la barbilla hasta su pecho desnudo, daba un bocado y masticaba, con los ojos fijos en el Mercedes que tenía enfrente.

Cuando el auto-lavado acabó de secar la furgoneta, el gitano tiró el cigarro encendido a unos matorrales secos y escupió las hebras de tabaco. El niño cerró la navaja y agarró el trozo de sandía que le quedaba. Los dos se montaron en la DKV sin decirse nada. Antes de que llegaran a la primera curva, antes de que Benito y los dos chicos los perdieran de vista, una ráfaga de aire sacudió la gasolinera, un pequeño remolino de polvo seco se plantó sobre el Mercedes, ahora totalmente negro.

Benito sintió el frío de las baldosas que le subía por los pies. Los brazos le pesaban muertos como dos grandes cilindros de cemento. Se sentó en el taburete. Miró al chico castaño a los ojos, miró más allá de él, como había hecho de niño al percatarse de las mentiras que envolvían cada uno de los actos de los adultos. El traje del chico castaño había perdido el brillo y a Benito le parecía una masa arrugada, informe, que abrazaba el cuerpo del muchacho y le hacía ser más niño, más desamparado. El chico recogió sus papeles y cerró la carpeta negra haciendo rechinar la cremallera. Benito le sonrió como su madre le sonreía a él cuando acababan de comer, con satisfacción, con agradecimiento.

—¿Vas a comprar algo? —le dijo al rubio del fondo.

Los dos muchachos salieron de la tienda sin hacer ruido y sin decir nada, como dos autómatas que han cumplido el objetivo para el que habían sido creados, como si se les hubiera infligido una derrota desoladora y cotidiana.

Benito les vio alejarse en el Mercedes. Una nube de polvo gris se levantaba del suelo a su paso como una manta de oscuridad que tragaba al coche y lo



confundía con el paisaje cada vez más negro. Benito se acordó de la feria de Jaén.

Hacia un par de semanas, una tarde como aquella, se había dejado arrastrar por Jesús, el hijo del mecánico. Benito no tenía tanto desparpajo como él y al poco de deambular por la feria, Jesús ya le había presentado a un par de chicas bastante guapas. «Qué exigente eres, chico» le había dicho Jesús antes de que decidiera dar una vuelta solo y alejarse del bullicio. Al salir del recinto encontró un banco desde el que podía ver los farolillos y las banderitas y aún se oía la música de las casetas. Allí sentado esperó un rato hasta que vio las explosiones en el cielo. Los fuegos artificiales se encendían como flores o palmeras, y ardían intensamente con un fogonazo y se deshacían en ceniza que caía sobre la gente.

Benito se sobresaltó, pensó en el gesto del gitano, en el cigarro que lanzó a los matorrales cercanos a la oficina. Dio un salto del taburete y se lanzó a la puerta apresurado. Corrió hacia el lavadero y buscó por los arbustos que crecían al borde de un pequeño terraplén, en el lado opuesto a la carretera. Pronto vio el cigarro, arrugado y apagado, yacía junto a una bolsa de patatas fritas. Benito echó un vistazo alrededor. Un rastro de basura le condujo a la parte trasera de la gasolinera. Allí se acumulaban bolsas vacías, latas de refresco, cubos rotos. Los faroles de la estación de servicio se acababan de encender. A Benito le entró frío. ¿Cómo había permitido Marcial que todos aquellos desperdicios se acumularan allí? Benito se propuso recogerlos a la mañana siguiente, se sentía avergonzado por su olvido, por permitir que el gitano fumara sin decirle nada.

Benito se plantó casi al borde de la carretera para observar la estación con detenimiento. Marcial estaba a punto de llegar y él ya había cerrado la oficina y las válvulas de los surtidores. Era de noche y refrescaba. Benito levantaba los hombros y escondía la boca en el cuello de la chaqueta. Miró a su alrededor, las luces de la gasolinera eran las únicas que veía. La oficina parecía abandonada, en su interior los estantes con botes de comida o pan de molde o chocolatinas permanecían sepultados en otra época, en una fotografía inalcanzable e irreconocible. Los surtidores proyectaban una larga sombra en el asfalto, con sus mangueras en el costado parecían dos guardias apostados, vigilando la

estación, eternos. Benito había visto la gasolinera muchas veces en su vida aunque nunca como esa noche. Se había quedado mirándola durante mucho tiempo, hasta que la veía desaparecer, mientras viajaba en autobús de camino al instituto de Linares. En alguna ocasión había visto a Marcial en la puerta, con los brazos en jarra mirando los pocos coches que pasaban, mirándole a él. En esos momentos se apiadaba de Marcial, se decía a sí mismo que no acabaría en una gasolinera perdida, que no vería los coches pasar sin nada mejor que hacer. Pero había algo que incomodaba a Benito en la actitud de Marcial. Casi podía adivinar las arrugas que surcaban sus sienes como los bigotes de un gato. Y los ojos vidriosos y la respiración honda y pausada. Marcial miraba la carretera con satisfacción, como si le perteneciera, como si todo aquel que pasara por ella tuviera que pagarle un peaje, quizá éste consistía en mostrarse tal y como era, porque parecía que nadie tuviera secretos para Marcial.

Benito se impacientaba, se acercó al túnel de lavado. El suelo aún no se había secado del todo y unos regueros oscuros corrían caprichosamente desde el lavadero hasta los surtidores. Pisó una zona más húmeda y los zapatos dejaron sus huellas negras sobre el polvo gris del cemento. Se situó en un extremo del túnel y miró al otro lado. Unos matorrales se agitaban suavemente, la tierra rojiza parecía aplastarse bajo el cielo que comenzaba a puntearse de estrellas. En el suelo, al final del lavadero, vio un bulto negro, como el caparazón de una tortuga aunque más abombado. Se acercó lentamente y descubrió de lo que se trataba. El hijo del gitano había dejado media sandía en el suelo, boca abajo. Benito la cogió y le dio la vuelta. El niño la había vaciado, no es que la hubiera aprovechado bien, se había llevado el corazón y había dejado el resto. A Benito le gustaba el tacto suave de la piel de la sandía, le dio la vuelta de nuevo y se fijó en las manchas oscuras alrededor del rabo. Se acordó de la cubana, quizá su pecho era así. Se quedó un rato más acariciando la superficie de la sandía y trazando circulitos con el dedo índice alrededor del pezón. Oyó, como el bufido de una olla, el ruido del coche de Marcial que crecía desde la distancia. Dejó la sandía detrás del túnel de lavado para que Marcial no pudiera verla y lo esperó con las manos en los bolsillos.

—¿Qué tal, figura? ¿todo bien? —Marcial avanzaba hacia él balanceando el cuerpo de un lado a otro, como si le costara trabajo desplazar su enorme barriga.



—Todo bien, Marcial, cuando quieras nos vamos. Eso sí, el lavadero...— Benito echó la vista hacia el túnel de lavado y luego sonrió a Marcial buscando complicidad.

—Qué se le va a hacer chico, no siempre se acierta —Marcial carraspeó como una moto tratando de arrancar. Se echó la mano a la boca y sonrió de costado a Benito.

Ambos fueron hacia el coche, Benito entró primero y vio cómo Marcial se quedaba mirando el lavadero y se sonreía enseñando los dientes desordenados que le quedaban.

El Citroën «dos caballos» saltaba por la carretera llena de hoyos y de parches de asfalto. El temblor de la chapa suelta y el ronquido del motor adormecieron a Benito que se arrellanó en el asiento. Marcial le miró de reojo y emitió un carraspeo entrecortado. Benito tosió como dándole una respuesta.

